

Ética sin disfraces, de Javier Prado Galán

Anaya Duarte, Gerardo

2015-03-09

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/415>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ÉTICA SIN DISFRACES, DE JAVIER
PRADO GALÁN

Se trata de un libro que se coloca de lleno en el debate ético actual que está alcanzado grandes dimensiones. Hace unas décadas la ética había quedado casi reducida a ser objeto de manuales y menciones confusas. A muchos les sonaba a algo fosilizado o, en el mejor de los casos, a algo que no teníamos más remedio que tomar en cuenta para la formación de personas honestas y sociedades justas.

En parte, esto se debía a que no se presentaba todavía una crisis de valores con la magnitud de la que actualmente vivimos. Cada cultura, cada gran ideología, tenía su ética concreta y desde el interior de ella no era discutida. Sí se podían lanzar fuertes críticas desde un ámbito ideológico a otro: desde la ética cristiana a la atea; desde la occidental a la oriental, etc., pero la ética era eso: un bastión o un cañón. Poco nos permitíamos disentir, desde dentro, de la que correspondía a cada quién.

Por otra parte, la ética no era determinante. Lo determinante era, para un creyente, su fe; para una nación su ideología nacionalista; para un comunista o un socialista de viejo cuño, los mecanismos de producción, etc. Y sin que fuéramos conscientes la ética se ponía al servicio de eso.

Pero no hace más que unos lustros nos percatamos de que eso había cambiado. Nos encontramos ahora en una especie de intemperie ideológica y ética. Se empezaron a cuestionar todas esas grandes ideas (típico de la postmodernidad): la religión y las iglesias que la mantienen, los nacionalismos, los aparatos económicos, etc. Por tanto, la ética, que era secundaria, dependiente. se desplazó. Finalmente

muchos pensadores y analistas empezaron a coincidir en que era necesario retomar la ética y su fundamento.

Pero no era posible apoyarla ya en ideologías no válidas; tampoco, en una época en que la tolerancia y el pluralismo han avanzado enormemente, podía aceptarse que una fuente de ética sometiera a las demás. Perdida de manera generalizada la idea de trascendencia (¿el orgulloso y presentista hombre va a aceptar disminuirse ante un futuro incierto?), no se podía —dijeron— fundar más la ética en un principio absoluto, en una divinidad. Por lo tanto, se estableció cierta desconfianza en las morales religiosas, al respecto sugiero la lectura de la última parte del diálogo periodístico entre Eco y el cardenal Martini para apreciar la pérdida de un fundamento trascendente de la ética. Asimismo, tampoco se podía fundar la ética en la política o en la economía. Al contrario, el asunto de los valores es previo a la vida política y civil de las personas.

Pienso que la crisis se manifiesta con toda evidencia en el caso Clinton: me parece que el puritano y moralista fiscal Starr es más inmoral que el presidente, al que ha reprochado tan escandalosamente (en sentido bíblico) su conducta privada.

Ante una situación de confusión ética, se han generado diversas reacciones brotadas desde diversos puntos de vista: la religiosidad tradicional, la postura conservadora, respuestas de diversos humanismos, de quienes adoptan posturas comunitaristas; los correspondientes a la ética del consenso, a la ética mínima, etc. El debate permanece abierto y podemos encontrar deficiencias y aportaciones de esas corrientes presentes.

Este es el contexto en que se inserta el libro que hoy comentamos. Un libro accesible y, sin embargo, difícil. En este último terreno, “lo difícil”, encuentro que acaso su más seria limitación sea la esquematización con que trata los diversos temas, que a ratos casi lo asemeja a una extraña antología. Sin embargo, muchas son sus virtudes. Señalo varias y me detengo en algunas para ampliar mi comentario.

Ventaja es, ciertamente, su estilo dinámico y su lenguaje accesible; el autor declara querer contribuir a la formación ética de los jóvenes. En este sentido, se trata de un libro que puede ser puesto en manos de universitarios, tan racios en general a toda lectura y en concreto a las de índole filosófica.

Pero más relevante es su planteamiento fundamental, humanista. El autor dedica un capítulo a analizar los humanismos de cinco pensadores cercanos a nosotros, desde Marx hasta Zubiri. Pese a su extrema concisión (que quizá llega a desfavorecerlos), nos ofrece las luces que ellos han aportado en el terreno del pensamiento sobre el hombre. Con esto el autor, por otro lado, está declarando que su punto de vista ético se arraiga en una antropología. En el debate ético actual, esto implica ya una toma de postura importante.

Pero en algún lugar el autor se pregunta: ¿cuál antropología?, ¿cuál concepto de persona? En el libro el autor parece inclinarse hacia uno. Nos gustaría que algún día Prado Galán pudiera ofrecernos un libro (¿una "Antropología sin disfraces"?) en el que nos lo sistematizara. De hecho, su planteamiento final (que comentaré en seguida más ampliamente) nos ofrece ya un esbozo: el autor piensa a la persona humana como dueña de sí y en el deber de autorrealizarse como persona individual; como vuelta hacia "el otro" con no menor entidad que en lo anterior; finalmente como vuelta también hacia Dios, es decir, con una dimensión trascendente.

Prado Galán se deslinda muy adecuadamente de las confusas corrientes actuales que solemos uncir al carro de la postmodernidad, particularmente de la New Age y posturas similares. Lo hace llegando al fondo religioso del problema: ¿qué decir de esas posturas pseudoreligiosas, más o menos panteístas, desde el cristianismo? Creo, sin embargo, que algunas de las nuevas preguntas que la New Age se ha planteado, y a las que no responde, según nuestro gusto, son válidas y los cristianos no debemos darle la vuelta a una respuesta desde la fe en Jesús, aunque corramos el riesgo de condenas vaticanas.

En el libro ocupa un lugar muy importante la crítica de éticas actualmente populares por su manejo accesible y encaminadas precisamente a la formación de la juventud. Al respecto sé que Javier ha hecho su tesis de maestría sobre una de las tres obras que aborda (la de Savater) y esperamos verla publicada.

El autor dedica un capítulo a la ética social, acaso el ámbito más relevante de la búsqueda ética de hoy. Por una parte, es piedra de toque para calificar algunas éticas (más bien, para descalificar), como las éticas adscritas al neoconservadurismo, que se centran en la persona-individuo y olvidan a la persona-sociedad. Por otra parte, es en

lo social o comunitario donde se ubican las más serias búsquedas: ética comunicativa, ética del consenso, ética dialógica.

Pero no es en este capítulo, sino en el último, en el que el Prado Galán aborda el enfoque de Levinas, quien a partir de su propia herencia judía da una primacía inusitada a lo que el rostro del otro exige de mi responsabilidad, y que constituye en él una verdadera filosofía primera. Con esto, además, el libro nos introduce (aunque no nos lleve muy adelante, pues es un libro de “introducciones”) a este problema de la filosofía primera. Se insinúa si hoy este sitio ya no lo ocupa la metafísica, sino la ética. Al respecto, creo que todo depende del punto de vista que adoptemos e, incluso, de la gnoseología que manejemos. Kant, por habernos abierto la inquietud, quizá podría ser incorporado por Ricoeur entre los maestros de la sospecha. Al menos desde mi punto de vista considero que no es la ética la filosofía prima, sino la antropología el necesario sustento de la ética.

En este último capítulo hay dos aspectos sobre los que quiero llamar la atención. Se trata de la alusión, casi fugaz, a la ética de la felicidad o eudemonismo, que maneja Zubiri, y la síntesis que hace el autor respecto a una ética para el fin del milenio. Ambos puntos me recuerdan una conferencia que Teilhard de Chardin pronunció en 1943 ante un reducido grupo de europeos que se reunían en la embajada de Francia en Pekín, tratando de sobrevivir en esa ciudad ocupada por los japoneses. La denominó “Reflexiones sobre la felicidad”. Para el padre la felicidad es una búsqueda natural en el hombre y su verdadero camino. No hay una plenitud de felicidad diferente para cada quien y con ello la imposibilidad de establecer una ética de la felicidad universalmente compartida. Si hay un mismo camino para todos, por la realidad evolutiva de toda la especie. Resumiendo mucho, ese camino para la felicidad consiste en ser más, en amar y en adorar a alguien más grande (centrarse en sí, descentrarse en el otro, sobrecentrarse en Dios). ¿No son estos peldaños los tres componentes que Javier cree ineludibles en la ética del hombre de hoy y de mañana? Javier señala que deberemos reunir en uno solo esos tres caminos éticos que actualmente están sueltos: la ética del amor propio (por ejemplo, el eudemonismo), la responsabilidad frente al otro, fuertemente impulsada por el pensamiento de Levinas, y la obediencia a la ley divina, en el ámbito de las religiones. Esto es equivalente

a los tres preceptos que se desprenden del camino de la felicidad de Teilhard de Chardin: sé, sé más; ama, entrégate en confianza y amor al Dios siempre más grande. La ventaja del planteamiento de Teilhard es que su cosmovisión unifica armoniosamente estos tres peldaños de la felicidad, de manera que cualquiera de ellos ya supone, exige, los otros dos.

Termino este comentario. Javier cita en su tercer capítulo una frase de Eco en *El nombre de la rosa*: “Los libros no se han hecho para que creamos en lo que dicen, sino para que los analicemos”. Me parece que a este libro se le puede aplicar la sentencia con doble razón: porque es libro y porque también es un libro lleno de sugerencias, lleno de planteamientos, un libro que se arriesga —cito a Javier— “a beber la cicuta comportándose como tábano que no deja en paz la ciudad”. Espero que este libro sea leído de manera que aclare y enriquezca, pero también como tábano que nos inquiete y no nos deje establecernos en posturas éticas fáciles, ora un poco neoconservadoras, ora un poco postmodernas.

P. Gerardo Anaya Duarte, S. I.